

su victoria era el salvar á algunos de aquellos ciudadanos que siempre le habian sido contrarios. Acerca de la guerra que allí tuvo que sostener, algunos la gradúan no solamente de no necesaria, sino ademas de ignominiosa y arriesgada por solos los amores de Cleopatra; pero otros culpan á las gentes del Rey, y principalmente al eunuco Potino, que gozando del mayor poder, habia dado muerte poco antes á Pompeyo, habia hecho alejar á Cleopatra, y con mucha reserva estaba armando asechanzas á César; á lo que se atribuye el que este hubiese empezado á pasar las noches en francachelas para atender á la custodia de su persona. Por otra parte Potino bien á las claras decia y hacia cosas en odio de César que no podian tolerarse; porque haciendo dar á los soldados provisiones malas y añejas, decia que sufrieran y que aguantaran, pues que comian de ageno; y para los convites no ponía sino utensilios y vagilla de madera y de tierra, porque los de oro y plata estaban, decia, en poder de César por un crédito. Porque es de saber que el padre del Rey actual habia sido deudor de César por diez y siete millones quinientas mil dracmas, de las que habia perdonado César á sus hijos los siete millones quinientas mil; pero pedia los diez millones restantes para mantener el ejército. Decíale Potino que se marchara y atendiera á sus grandes negocios, que ya le restituiria el dinero con acción de gracias; pero César le respondió que no le hacían falta los consejos de los Egipcios, y reservadamente hizo venir á Cleopatra.

Tomó esta de entre sus amigos para que la acompañase al Siciliano Apolodoro, y embarcándose en una lanchilla se acercó al palacio al mismo oscurecer; mas como dudasen mucho de que pudiera entrar oculta de otra manera, tendieron en el suelo un colchon, y echada y envuelta en él, Apolodoro lo ató

con un cordel, y así la entró por las puertas hasta la habitación de César; y se dice que esta fue la primera añagaza con que le cautivó Cleopatra; y que vencido de su trato y de sus gracias la reconcilió con el hermano, negociando que reinaran juntos. Después ocurrió que asistiendo todos á un festin, dado con motivo de esta reconciliacion, un esclavo de César que le hacia la barba, hombre el mas tímido y medroso de los mortales, mientras lo examina todo, escucha y curiosa, llegó á percibir que se habian puesto asechanzas á César por el General Aquila y el eunuco Potino. Averiguólo César; por lo que puso guardias en su habitación, y dió muerte á Potino; pero Aquila huyó al ejército. El primer peligro que corrió en esta guerra fué la falta de agua, porque los enemigos tapiaron los acueductos. Interceptaronle después la escuadra, y se vió precisado á superar este peligro por medio de un incendio, el que de las naves se propagó á la célebre biblioteca, y la consumió. Fue el tercero que habiéndose trabado batalla junto al Faro saltó desde el muelle á una lancha con el objeto de socorrer á los que peleaban; pero acosándole por muchas partes á un tiempo los Egipcios, tuvo que arrojar al mar, y con gran dificultad y trabajo pudo salir á salvo. Dicese que teniendo en esta ocasion en la mano varios cuadernos, como no quisiese soltarlos aunque se sumergia, con una mano sostenía los cuadernos sobre el agua y con la otra nadaba, y que la lancha al punto se hundió. Finalmente, habiéndose el Rey incorporado con los enemigos marchó contra él; y trabando batalla le venció, siendo muchos los muertos, y no habiéndose sabido qué fue del Rey. Dejó con esto por Reina de Egipto á Cleopatra, que de allí á poco dió á luz un hijo, al cual los de Alejandría dieron el nombre de Cesarion, y marchó á la Siria.

Trasladado desde allí al Asia, supo que Domi-

cio, vencido por Farnaces hijo de Mitridates, habia huido del Ponto con muy poca gente, y que Farnaces sacando el mayor partido de la victoria, y teniendo ya bajo su mando la Bitinia y la Capadocia, se encaminaba á la Armenia llamada Menor, poniendo en insurreccion á todos los Reyes y Tetrarcas de aquella parte. Marchó pues sin dilacion contra él con tres legiones; y viniendo á una reñida batalla junto á la ciudad de Celia, á Farnaces lo arrojó del Ponto en precipitada fuga, y destrozó enteramente su ejército; y dando parte á Roma de la prontitud y celeridad de esta batalla, lo ejecutó en carta que escribió á Amincio, uno de sus amigos, con estas tres solas palabras: *vine, ví, y vencí*; las cuales teniendo en latin una terminacion muy parecida, son de una graciosa concision.

Regresó en seguida á la Italia, subió á Roma cuando ya estaba cerca de su término el año para que se le habia nombrado segunda vez Dictador; siendo así que antes nunca esta magistratura habia sido anual. Designósele Cónsul para el siguiente, y se murmuró mucho de él, porque habiéndose sublevado los soldados hasta el extremo de dar muerte á dos Generales, Cosconio y Galba, aunque los reprendió, llegando á llamarles ciudadanos y no militares, les repartió sin embargo mil dracmas á cada uno, y les adjudicó por suertes una gran porcion de terreno en la Italia. Poníanse ademas á su cuenta los furores de Dolabela, la avaricia de Amincio, las borracheras de Antonio, y la insolencia de Cornificio en hacerse adjudicar la casa de Pompeyo¹, y darle despues mas extension como que no cabia en ella;

¹ Todos los anotadores de Plutarco convienen en que aqui ha sufrido alteracion el texto, porque lo que se dice acerca de la casa de Pompeyo, á quien debe aplicarse es á Antonio, que fue el que se alzó con ella.

porque todas estas cosas disgustaban mucho á los Romanos; mas por sus miras con respecto al gobierno, aunque no las ignoraba César ni eran de su aprobacion, se veia precisado á valerse de tales instrumentos.

Caton y Escipion despues de la batalla de Farsalia se refugiaron al Africa; y como alli reuniesen fuerzas de alguna consideracion, y tuviesen el auxilio del Rey Juba, determinó César marchar contra ellos. Pasó pues en el solsticio de invierno á la Sicilia, y para quitar á los caudillos que consigo tenia toda esperanza de descanso y detencion, puso su tienda en el mismo batidero de las olas, y embarcándose apenas hubo viento, dió la vela con tres mil infantes y muy pocos caballos. Desembarcados estos, sin que lo entendieran, volvió á hacerse al mar por el cuidado de las restantes fuerzas; y encontrándose ya con ellas en la mar los condujo á todos al campamento. Llegó alli á entender que los enemigos estaban confiados en cierto oráculo antiguo, segun el cual se tenia por propio del linage de los Escipiones vencer siempre en el Africa; y es difícil decir si en lo que ejecutó se propuso usar de cierta burla contra Escipion que mandaba el ejército enemigo, ó si con conocimiento y de intento quiso hacerse propio el agüero, porque tenia consigo á un ciudadano por otra parte obscuro y de poca cuenta; pero que era de la familia de los Africanos, y se llamaba Escipion Salucion. A este pues le daba el primer lugar en los encuentros como á General del ejército, precisándole á entrar muchas veces en lid con los enemigos y á provocarlos á batalla, porque no tenia pan que dar á su gente, ni habia pasto para las bestias, sino que se veian precisados á mantener los caballos con ova marina despojada de la sal y mezclada con un poco de grama como un condimento, á causa de que los Numidas mostrándose á menudo y en gran número

por todas partes eran dueños del país; y en una ocasión sucedió que se hallaban distraídos los soldados de caballería de César á causa de que se les habia presentado un Africano que ejecutaba cierto baile y tañia prodigiosamente la flauta, y ellos se estaban allí divertidos, entregando los caballos á los muchachos; y acometiendo repentinamente los enemigos matan á los unos, y con los otros, que dieron precipitadamente á huir, llegan hasta el campamento; y á no haber sido porque á un tiempo César y Asinio Polion acudieron en su auxilio y contuvieron la fuga, en aquel punto hubiera acabado la guerra. En otra batalla que se trabó, y en la que llevaban los enemigos lo mejor, se dice que César á un portestandarte que huia lo agarró del cuello, y le hizo volver cara, diciéndole: *ahí estan los enemigos.*

Con estos felices preludios se alentó Escipion para querer dar batalla, y dejando á una parte á Afranio y á otra á Juba acampados á corta distancia, sobre un lago levantó fortificaciones para su campamento junto á la ciudad de Tapso, á fin de que en caso de una batalla les sirviera á todos de apoyo y de refugio. Mientras él atendia á estos trabajos, César, pasando con indecible celeridad por lugares cubiertos de maleza, y que apenas permitian pisarse, de estos sorprendió y envolvió á unos, y á otros los acometió de frente; y habiéndolos destrozado á todos aprovechó el momento y la corriente de su próspera fortuna; llevado de la cual toma de un golpe el campamento de Afranio, y de otro saquea el de los Numidas por haber dado á huir Juba; y habiéndose hecho dueño de tres campamentos, y dado muerte á cincuenta mil enemigos en una partecita muy pequeña de un solo día, él no tuvo mas pérdida que la de cincuenta hombres. Algunos refieren de esta manera lo ocurrido en aquella batalla; pero otros dicen que César no se encontró en la acción, porque

al ordenar y formar las tropas se sintió amagado de su enfermedad habitual; y que habiéndolo conocido desde luego, antes de llegar al estado de perturbacion y de perder el sentido, aunque ya con alguna convulsion, se hizo llevar á un castillo de los que estaban inmediatos, y en aquel retiro pasó su mal. De los varones consulares y pretorios que huyeron despues de la batalla, unos se quitaron á sí mismos la vida al ir á caer en manos de los enemigos, y á otros en bastante número les hizo dar muerte César luego que fueron aprehendidos.

Como tuviese vivo deseo de alcanzar y aprehender á Caton en vida, se apresuró á llegar á Utica, porque á causa de hallarse de guarnicion en aquella ciudad no tuvo parte en la batalla; mas habiendo sabido que Caton se habia dado muerte, lo que no pudo dudarse es que se manifestó ofendido; mas cuál fuese la causa todavía se ignora. Ello es que prorumpió en esta expresion: "no quisiera, oh Caton, que tuvieras la gloria de esa muerte, como tú no has querido que yo tenga la de salvarte la vida." El discurso que despues de estos hechos y despues de la muerte de Caton escribió contra él no da pruebas de que le mirase con compasion, ó de que no le fuera enemigo; porque ¿cómo habria perdonado vivo á aquel contra quien cuando ya no lo sentia vomitó tanta cólera? pero con todo, de la indulgencia con que trató á Ciceron, al mismo Bruto, y á otros infinitos de los vencidos, quieren colegir que aquel discurso no se formó por enemistad, sino por cierta contienda política con la ocasion siguiente. Escribió Ciceron el elogio de Caton, y dió el título de *el Caton* á este opúsculo, que no era extraño fuese solicitado de muchos como escrito por el mas elocuente de los oradores sobre el asunto mas grande y mas digno. Esto mortificó á César, que reputaba por acusacion propia la alabanza de un varon que se

habia dado muerte por su causa. Escribió pues otro discurso, en el que reunió contra Caton muchas causas y motivos, y al que intituló *el Anticaton*. De estos discursos uno y otro tienen, por César y por Caton, muchos que los buscan y leen con ansia.

Luego que volvió del Africa á Roma lo primero que hizo fue dar grande importancia ante el pueblo al hecho de haber sojuzgado una region tan extensa, que contribuia cada año en beneficio del público con doscientas mil fanegas ó medimnos áticos de trigo, y ciento veinte mil arrobas de aceite. Despues celebró sus triunfos, el Egipciaco, el Póntico y el Africano, concedido no por Escipion, sino por el Rey Juba. Entonces Juba, el hijo de este, fue llevado en el triunfo siendo todavía niño; á consecuencia de lo cual le cupo la mas feliz cautividad; pues que habiendo salido de entre los Numidas bárbaros, llegó á ser contado entre los mas instruidos de los historiadores Griegos. En seguida de los triunfos hizo grandes donativos á los soldados, y captó la benevolencia del pueblo con banquetes y espectáculos, dando de comer á todos en veinte y dos mil mesas; y por lo que hace á espectáculos, los dió de gladiadores y de combates navales en honor de su hija Julia, que habia muerto mucho antes. Despues de los espectáculos se hizo el censo ó recuento de los ciudadanos, y en lugar de los trescientos veinte mil de los censos anteriores, solo resultaron entre todos ciento cincuenta mil: ¡tan grandes males trajo la sedicion, y tanta parte destruyó del pueblo! sin que pongamos en cuenta las calamidades que afligieron al resto de la Italia y á las provincias.

Terminadas que fueron estas cosas, designado quarta vez Cónsul, marchó á España contra los hijos de Pompeyo, jóvenes todavía; pero que habian reunido un numeroso ejército, y mostraban en su valor ser dignos de mandarles; tanto, que pusieron á

César en el último peligro. La batalla, que fue terrible, se dió junto á la ciudad de Munda, y en ella viendo Cesar batidos á sus soldados, y que resistian débilmente, corrió por entre las filas de los de todas armas, gritándoles que si habian perdido toda vergüenza lo cogiesen y lo entregasen á aquellos mozuelos. Por este medio consiguió, no sin grande dificultad, que rechazaran con el mayor denuedo á los enemigos; á los que les mató mas de treinta mil hombres, habiendo perdido por su parte mil de los mas esforzados. Al retirarse ya de la batalla dijo á sus amigos que muchas veces habia peleado por la victoria, y entonces por primera vez por la vida. Ganó César esta batalla el dia de la fiesta de los Bacanales, diciéndose que en igual dia habia salido Pompeyo Magno para la guerra, y el tiempo que habia mediado era el de cuatro años. De los hijos de Pompeyo el mas joven huyó, y del mayor le trajo Didio la cabeza de allí á pocos dias. Esta fue la última guerra que hizo César, y el triunfo que por ella celebró afligió de todo punto á los Romanos; pues que no por haber domado á candillos extrangeros ó Reyes bárbaros, sino por haber acabado enteramente con los hijos y la familia del mejor de los Romanos, oprimido de la fortuna, ostentaba aquella pompa; y no parecia bien que asi insultase á las calamidades de la patria, complaciéndose en hechos cuya única defensa ante los Dioses y los hombres podia ser el haberse ejecutado por necesidad; asi es que antes ni habia enviado mensageros ni escrito de oficio por victoria alcanzada en las guerras civiles, como si de vergüenza rehusase la gloria de tales vencimientos.

Con todo, cediendo ya á la fortuna de este hombre y recibiendo el freno, como tuviesen el mando de uno solo por alivio y descanso de los males de la guerra civil, le declararon Dictador por toda su vi-

da; lo que era una no encubierta tiranía; pues que á lo suelto y libre del mando de uno solo se junta-
ba la perpetuidad. Ciceron en el Senado hizo la primera propuesta acerca de los honores que se le dispensarian, y estos eran tales que no excedian la condicion humana; pero añadiendo los demas exceso sobre exceso; por querer competir unos con otros, hicieron que el objeto de tales honores se hiciera odioso é intolerable aun á los mas sufridos por la extrañeza y vanidad de los honores decretados; en la cual contienda no anduvieron mas escasos que los aduladores de César los que le aborrecian, para tener despues mas pretextos contra él, y á fin de que pareciese que por mayores cargos se movian á perseguirle; sin embargo de que en lo demas, despues de haber puesto fin á las guerras civiles, se mostró irreprensible; y así parece que no fue sin razon el haber decretado en su honor el templo de la Clemencia; como prueba de gratitud por su bondad. Porque perdonó á muchos de los que habian hecho la guerra contra él, y aun á algunos les concedió honores y magistraturas, como á Bruto y Casio, que ambos eran Pretores; ni miró con indiferencia el que las imágenes de Pompeyo yaciesen derrocadas por el suelo, sino que las levantó; sobre lo cual dijo Ciceron que César volviendo á colocar las estatuas de Pompeyo habia asegurado las suyas. Instábanle los amigos para que tuviera una guardia, y algunos se ofrecian á ser de ella; pero jamas convino en tal pensamiento, diciendo que mas vale morir una vez que estarlo temiendo siempre. Para adelantar en benevolencia, que en su concepto era la mejor y mas segura guardia, volvió otra vez á querer ganar al pueblo con banquetes y distribucion de granos, y á los soldados con establecimientos de colonias, de las cuales fueron las mas señaladas Cartago y Corinto; habiendo hecho la casualidad que en cuanto á estas

dos ciudades coincidiesen el tiempo de su ruina y el de su restauracion.

De los ciudadanos mas principales, á unos les ofreció consulados y preturas para lo venidero; á otros los acalló con algunos otros honores y dignidades; y á todos les hizo concebir esperanzas, para hacerles creer que si les mandaba era porque así lo querian: en términos que habiendo muerto el Cónsul Máximo, para un solo dia que restaba del año hizo nombrar Cónsul á Caninio Rebiló, y como muchos fuesen á darle el parabien y acompañarle: apresurémonos, dijo Ciceron, á hacer estos cumplidos, antes que se nos anticipe á salir del consulado. Sus continuadas victorias no fueron parte para que su grandeza de ánimo y su ambicion se contentaran con disfrutar de lo ya alcanzado; sino que siendo un incentivo y aliciente para lo futuro, produjeron designios de mayores empresas, y el amor de una gloria nueva, como que ya se habia saciado de la presente: así su pasion no era entonces otra cosa que una emulacion consigo mismo, como pudiera ser con otro, y una contienda de sus hazañas futuras con las anteriormente ejecutadas. Meditaba pues y preparaba hacer la guerra á los Partos, y vencidos estos por la Hircania, rodeando el mar Caspio y el Cáucaso, pasar al Ponto, é invadir la Escitia; y recorriendo luego las regiones vecinas á la Germania, y la Germania misma, por las Galias volver á Italia, y cerrar este círculo de la dominacion Romana con el Océano, que por todas partes la circunscribe. En medio de estos proyectos de guerra intentaba cortar el istmo de Corinto; y ademas de esto tomar debajo de la ciudad el Aniene y el Tíber, y llevarlos por un canal profundo, que doblase un poco hácia Circeyos, al mar de Terracina, proporcionando de este modo corto y seguro viage á los que hacian el comercio con Roma. Entraba tambien en sus planes, primero, dar

salida á las lagunas Pontinas y Secianas, dejando tierras cultivables para muchos millares de hombres; segundo, correr diques con estacadas sobre el mar próximo á Roma, y limpiando los bancos y escollos de la ribera de Ostia, hacer puertos y dársenas proporcionados para tan activa navegacion.

La disposición del calendario y la rectificación de la desigualdad causada por el tiempo, examinadas y llevadas á cabo por él á la luz de una exacta filosofía, hicieron su uso muy recomendable; pues que los Romanos desde tiempos antiguos, no solo traian perturbados los períodos de los meses en cada un año, de manera que las fiestas y los sacrificios, alteradas las épocas poco á poco, venian ya á caer en las estaciones opuestas; sino que para el mismo año solar los mas no tenian cuenta alguna; y los sacerdotes, que eran los únicos que la entendian, de repente, y sin que nadie tuviera de ello conocimiento, entremetian el mes embolístico, al que llamaban Mercedonio introducido primero por el Rey Numa para ser un pequeño y no cierto remedio del error padecido en la ordenacion de los tiempos, segun que en la vida de aquel Rey lo dejamos escrito. Mas César, habiendo propuesto este problema á los mejores filósofos y matemáticos, por los métodos que ya entonces estaban admitidos, halló una correccion propia y mas exacta; en virtud de la cual los Romanos parece que son los que menos yerran acerca de esta anomalía del tiempo; y sin embargo aun esto dió ocasion de queja á los que censuraban y sufrían mal su poder, pues se cuenta que diciendo uno, mañana sale la lira, le respondió Ciceron, sí, segun el edicto: como que aun esto lo admitian por fuerza.

El odio mas manifesto y mas mortal contra él lo produjo su deseo de reinar: primera causa para los mas, y pretexto muy decoroso para los que ya de antiguo le tenian entre ojos. Los que andaban em-

peñados en negociarle la regia dignidad habian esparcido al intento la voz de que segun los libros Sibilinos, la region de los Partos se sujetaria á los Romanos, si estos les hacian la guerra mandados por un Rey; cuando de otro modo no habia que intentar; y bajando César de Alba á Roma dieron el paso atrevido de llamarle Rey. Mostróse incomodado el pueblo; y él afectando disgusto, dijo, que no se llamaba Rey; sino César; y como con este motivo todo el mundo guardase silencio, pasó nada contento, ni con el mejor semblante. Habiéndosele decretado en el Senado nuevos y excesivos honores, sucedió que se hallaba sentado en los Rostros, que era el lugar donde se daba audiencia; y dirigiéndose á él los Cónsules y los Pretores, á los que siguió todo el Senado, no se levantó, sino que como quien da audiencia á los particulares, les respondió que los honores que le estaban concedidos mas necesitaban de reduccion que de aumento. Este suceso no solamente desagradó al Senado, sino tambien al pueblo, que en el Senado miraba despreciada la república: asi es que se marcharon altamente irritados todos los que no tenian necesidad de permanecer; de manera que César, reflexionando sobre ello, se retiró al punto á casa, y dijo en voz alta á sus amigos, retirando la ropa del cuello, que estaba preparado á ofrecerlo al que quisiera presentarse. Despues se excusó de lo pasado con su enfermedad, diciendo que el sentido de los que la padecian no puede estar en su asiento cuando les es preciso hablar de pie á la muchedumbre, sino que fácilmente se conmueve y altera, padeciendo vértigos, y estando expuestos á quedarse privados; pero esto no fue así, sino que queriendo César levantarse al Senado, se refiere haber sido detenido por Cornelio Balbo, uno de sus amigos, ó por mejor decir de sus aduladores, quien le dijo: ¿no te acordarás de que eres César? ni de-

jarás que te respeten, como corresponde, á quien vale mas que ellos?

Agregóse á estos incidentes el insulto hecho á los tribunos de la plebe; porque se celebraba la fiesta de los Lupercales, acerca de la cual dicen muchos que en lo antiguo era fiesta pastoril, bastante parecida á otra tambien Lupercal de la Arcadia. Muchos de los jóvenes patricios, y de los que egercen magistraturas, corren á una por la ciudad desnudos, hiriendo por juego con correas no adobadas á los que encuentran. Pónensele delante de intento muchas mugeres de los primeros ciudadanos, y como en una escuela presentan las palmas de las manos á sus golpes, por estar persuadidas de que esto aprovecha á las que estan en cinta para tener buen parto, y á las que no tienen hijos para hacerse embarazadas. Era César espectador de estos regocijos, sentado en la tribuna en silla de oro, y adornado con ropas triunfales; y como á Antonio por hallarse de Consul le tocase ser uno de los que ejecutaban la carrera sagrada, cuando llegó á la plaza, y la muchedumbre le abrió calle, llevando dispuesta una diadema enredada en una corona de laurel, la alargó á César, á lo que se siguió el aplauso de muy pocos, que se conoció estaban preparados; mas cuando César la apartó de sí, aplaudió todo el pueblo. Vuelve á presentarla; aplauden pocos; la repele; otra vez todos. Desaprobada asi esta tentativa, levántase César, y manda que aquella corona la lleven al Capitolio. Viéronse de allí á poco sus estatuas ceñidas con diademas reales, y dos de los tribunos de la plebe, Flavio y Marcelo, acudieron y las despojaron; é inquiriendo y averiguando quiénes eran los primeros que habian saludado á César con el título de Rey, los llevaron á la cárcel. Seguíalos el pueblo dándoles aplausos, y les apellidaba otros Brutos, aludiendo á haber sido Junio Bruto el que rompiendo la sucesion de los reyes, y abo-

liendo la monarquía, trasladó el supremo poder al Senado y al pueblo. Ofendido César de esta conducta, privó de la magistratura á Flabio y á Marcelo; y haciéndoles cargo de ella, para insultar de paso al pueblo, los trató muchas veces de Brutos y Cumanos.

En este estado vuelven los mas los ojos hácia Marco Bruto, que por parte de padre parecia ser de aquel linage, y por parte de madre del de los Servilios, casa tambien muy principal, y que era al mismo tiempo yerno y sobrino de Caton. Para que él por sí mismo intentara la destruccion de la nueva monarquía debian retardarle los honores y beneficios recibidos de César, pues no solo consiguió salvarse despues de la fuga de Pompeyo, y con sus ruegos alcanzó el perdon de muchos de los de aquel partido, sino que gozaba cerca de él de la mayor confianza. De su mano habia recibido la primera de las preturas, é iba á ser Cónsul al cuarto año, siendo preferido á Casio, que compitió con él: porque se refiere haber dicho César, que Casio alegaba mas justicia; pero él no dejaria en blanco á Bruto. Asi en una ocasion, habiéndole denunciado algunos á Bruto, cuando ya la conjuracion estaba formada, no hizo caso; sino que pasándose la mano por el cuerpo dijo á los denunciadores: Bruto aguarda este cuerpo: dando á entender que aunque por su virtud lo creía digno de mandar, no temia que por el mando se hiciera ingrato y malo. Mas los que aspiraban á la mudanza, aunque desde luego pusieron la vista en Bruto, ó solo ó el primero, no se atrevian á proponérsela: sino que por la noche llenaban el tribunal, y la silla curul en que como Pretor daba audien-

1 A los de Cumas se les tenía por estúpidos; y de estúpidos eran motejados por los demas pueblos, según Estrabón.

cia, de billetes, que por lo comun se reducian á esto: ¿duermes Bruto? tú no eres Bruto. Como Casio percibiese que con ellos poco á poco se iba inflamando su ambición, le visitaba con mas frecuencia que antes, y le estimulaba tambien por las causas particulares de odio que tenia contra César, que eran las que en la vida de Bruto tenemos manifestadas. A su vez César tenia sospechas de Casio: tanto que en una ocasion dijo á sus amigos: ¿qué os parece que trae Casio entre manos? porque á mí no me agrada mucho al verle tan pálido; y se cuenta que otra vez habiéndosele hecho delacion contra Antonio y Dolabela sobre que intentaban novedades, respondió: no tengo ningun miedo á estos gordos y de mucho cabello, sino á aquellos pálidos y flacos, diciéndolo por Casio y por Bruto.

A lo que parece no fue tan inesperado como poco precavido el hado de César: porque se dice haber precedido maravillosas señales y prodigios. Por lo que hace á los resplandores y fuegos del cielo, á las imágenes nocturnas que por muchas partes descubrían, y á las aves solitarias que volaban por la plaza, quizá no merecen mentarse como indicios de tan gran suceso. Estrabon el filósofo refiere haberse visto correr por el aire muchos hombres de fuego; y que el esclavo de un soldado arrojó de la mano mucha llama: de modo que los que le veian juzgaban se estaba abrasando; y cuando cesó la llama, se halló que no tenia ni la menor lesion. Habiendo César hecho un sacrificio, se desapareció el corazon de la víctima: cosa que se tuvo á terrible agüero, porque por naturaleza ningun animal puede existir sin corazon. Todavía hay muchos de quienes se puede oír, que un agorero le anunció aguardarle un gran peligro en el dia del mes de Marzo que los Romanos llamaban los Idus. Llegó el dia, y yendo César al Senado, saludó al agorero, y como por burla le dijo: ya han

llegado los Idus de Marzo; á lo que le contestó con gran reposo: han llegado, sí; pero no han pasado. El dia antes lo tuvo á cenar Marco Lépidio, y estando escribiendo unas cartas, como lo tenia de costumbre, recayó la conversacion sobre cuál era la mejor muerte; y César, anticipándose á todos, dijo: la no esperada. Acostado despues con su muger, segun solia, repentinamente se abrieron todas las puertas y ventanas de su cuarto; y turbado con el ruido y la luz, porque hacia luna clara, observó que Calpurnia dormia profundamente; pero que entre sueños prorumpia en voces mal pronunciadas y en sollozos no articulados; y era que le lloraba, teniéndole muerto en su regazo. Otros dicen que no era esta la vision que tuvo la muger de César, sino que estando incorporada con su casa una torre, que segun refiere Lidio se le habia decretado por el Senado para su mayor decoro y magestad, la vió entre sueños destruida; sobre lo que se acongojó y lloró. Cuando fue de dia, rogó á César, que si habia arbitrio no fuera al Senado, sino que lo dilatara para otro dia; y si tenia en poco sus sueños, por sacrificios y otros medios de adivinacion examinara qué podria ser lo que conviniese. Entró tambien César, á lo que parece, en alguna sospecha y rezelo, por quanto no habiendo visto antes en Calpurnia señal ninguna de supersticion mugeril, la advertia entonces tan afligida; y cuando los agoreros, despues de haber hecho varios sacrificios, le anunciaron que las señales no eran faustas, resolvió enviar á Antonio con la orden de que se disolviera el Senado.

En esto Decio Bruto, por sobrenombre Albino, en quien César tenia gran confianza, como que fue por él nombrado heredero en segundo lugar; pero que con el otro Bruto y con Casio tenia parte en la conjuracion, rezelando no fuera que si César pasaba de aquel dia la conjuracion se descubriese, co-